

cedido, subió al trono con mas esplendor ni poder, ni ninguno tampoco murió mas humillado ni mas ofendido de sus propios vasallos.

No puede fijarse el pensamiento en la muerte de Moctezuma, sin que no experimente el alma un sentimiento de profunda pena. Sabio y político, llegó á empuñar el cetro con mano firme, y habia logrado aumentar con su sagaz diplomacia, la extension del imperio con provincias y pueblos del reino de Acolhuacan. Ningun rey fué obedecido y reverenciado como él, en las naciones del Nuevo Mundo. Su voluntad era acatada en todas partes. Su nombre, pronunciado con respeto y veneracion. Era el árbitro, por decirlo así, de los destinos de los pueblos del Anáhuac. Nadie podia ni siquiera imaginarse que aquel poderoso monarca, cuyo esplendor deslumbraba y ante el cual los nobles y el pueblo se inclinaban al suelo sin atreverse á mirarle el rostro, temiendo cometer una profanacion, moriria en una prision, herido por la piedra arrojada por un oscuro hombre de la plebe. Cuando en el pi-

cristiano.» Francisco Lopez de Gomara, dice que Moctezuma pidió el bautismo antes de la llegada de Pánfilo de Narvaez; pero que se difirió la ceremonia para la pascua, á fin de darle toda la solemnidad posible; mas que habiendo llegado en ese tiempo la armada enviada por Velazquez, llegó á frustrarse, muriendo en sus errores. Lo que hay de cierto en lo que dice Gomara, es en que murió sin entrar en el gremio de la Iglesia Católica; pues por lo referente á que trató de bautizarse en la Pascua y se frustró por la llegada de Narvaez, está fuera de duda que por ese tiempo no habia llegado á México la noticia de la flota enviada por el gobernador de Cuba. El fraile franciscano español Juan de Torquemada en su «Monarquía Indiana,» desecha como consejas las noticias que hacen referencia al bautizo, no encontrándolas combinables con el silencio que Cortés guarda en sus cartas y con el de Alvarado, quienes hubieran dado á conocer inmediatamente aquel acontecimiento en que todos los españoles estaban interesados.

náculo de su grandeza proyectaba nuevas glorias para su imperio, estaba muy lejos de pensar en que se hallaba próximo un funesto cambio en la marcha de los pueblos, y que con su persona terminaría, por decirlo así, la línea de los reyes aztecas (1). Cuando subió al trono, se distinguió por su valor en nueve combates, en que mandó personalmente; y cuando, con algunos años, comprendió que con la intriga conseguiría alcanzar aun mas que con la violencia, prefirió la política á las armas. Estaba dotado de muy bellas cualidades, que se hallaban oscurecidas por otras que perjudicaban al pueblo. Era celoso de la buena administracion de justicia y dictó providencias acertadas relativas al conveniente arreglo de los tribunales. Espléndido y liberal, atendía á las necesidades de muchas familias pobres, y los graneros pertenecientes á la corona, se hallaban abiertos para socorrer al pueblo en las terribles calamidades producidas algunas veces por la falta de cosechas de maíz. Pero ese mismo amor á la justicia, degeneraba, con demasiada frecuencia, en crueldad, y su asombroso fausto, su magnificencia y liberalidad, pesaban sobre los pueblos á quienes tenia agobiados con impuestos que casi era impo-

(1) «De suerte que le tiraron una pedrada con una honda y le dieron en la cabeza, de que vino á morir el desdichado rey; habiendo gobernado este Nuevo Mundo con la mayor prudencia y gobierno que se puede imaginar, siendo el mas temido y reverenciado y adorado señor que en el mundo ha habido, y en su linaje, como es cosa pública y notoria en toda la máquina de ese Nuevo Mundo, donde con la muerte de tan gran señor se acabaron los reyes colhuaques y mexicanos, é todo su poder y mando, estando en la mayor felicidad de su monarquía; y así no hay de quien fiar en las cosas desta vida sino en solo Dios.—Camargo. Hist. de Tlaxcala. MS.

sible pagar. Fué escrupuloso en el cumplimiento de sus deberes religiosos, y ese mismo celo, en no faltar á lo que juzgaba voluntad de los dioses, fué el que le hizo caer de la altura de su trono á la triste condicion de preso. Desde que llegaron á sus oídos las hazañas de los españoles, se persuadió que ellos eran los hombres anunciados por las profecías. Esta idea, que en él fué una conviccion firme, le obligó á no hacer uso de los numerosos ejércitos y grandes recursos de que podia disponer, y á que sometiese con resignacion religiosa á declararse vasallo del monarca de Castilla. Creyó que cumplia con el mandato de los dioses, obsequiando los deseos de los hombres blancos, y pasó de su palacio á la prision, por no faltar al que juzgaba deber sagrado y de conciencia. No reconocia por origen su permanencia en los cuarteles españoles, y el tratar de calmar la irritacion del pueblo contra ellos, esa falta de espíritu que se llama cobardía, sino el de acatar la voluntad de las veneradas deidades. Si forzoso es censurar su vacilante marcha y pusilanimidad desde que Cortés se presentó en sus dominios, preciso es disculparle, puesto que no dimanaban de su voluntad sino de su supersticion.

¡Cuántas veces, al contemplar sus heridas y verse execrado del pueblo, traeria á la memoria, con profunda tristeza, las lisonjeras palabras que en su coronacion le dirigió Nezahualpilli, el sabio rey de Texcoco! «El imperio mejicano,» le dijo, «ha llegado á la cúspide del poder, pues tanto os ha dado el Criador del cielo, que inspirais respeto á cuantos os miran.»

La muerte de Moctezuma fué sentida por todos los es-

pañoles. Se habia manifestado constantemente franco y liberal con ellos, y su amable trato, su afabilidad y su moderacion, inspiró vivo cariño en el ejército. Desde Cortés hasta el último soldado vertió lágrimas por su muerte, «pues todos los castellanos que le conocieron y trataron,» dice Bernal Diaz, «sintieron su pérdida como la de un cariñoso padre» (1).

Murió Moctezuma á la edad de cuarenta y cuatro años, despues de un reinado de diez y ocho. Su persona, sus costumbres, sus modales y sus gustos quedan ya referidos. Dejó, de sus diversas mujeres, varios hijos. Dos de éstos, un varon y otra hembra que fueron bautizados, entrando en el gremio de la Iglesia católica, fueron los fundadores de nobles casas de España (2).

(1) «Y Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados, é hombres hubo entre nosotros, de los que le conociamos y tratábamos, que tan llorado fué como si fuera nuestro padre; y no nos hemos de maravillar dello viendo que tan bueno era.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conquista, capítulo CXXVI.

(2) Uno de ellos, del cual descendieron los condes de Motezuma y Tula, tomó, en el bautismo el nombre de Pedro Motezuma. Tuvo el emperador azteca este hijo, de la princesa Miahuaxochitl, hija de Ixtlilicuechahuac, señor de Tula. De otra de sus mujeres legítimas, tuvo á la princesa Tecuichpo que, al bautizarse, tomó el nombre de Isabel. Se casó siendo aun muy niña con su primo Guatemotzin; pero quedando viuda, se unió despues con un hidalgo español de los principales conquistadores de Méjico. Muerto el segundo marido, contrajo nuevas nupcias por dos veces. De ella descenden las dos nobilísimas casas de Andrade Motezuma y de Cano Motezuma. Dejó el emperador azteca otras dos hijas de su segunda mujer la princesa Acatlan. Tomaron, al bautizarse, los nombres de Leonor y María. Esta murió sin sucesion, y aquella se casó con Cristóbal de Valderrama, hidalgo español, de quien descende la familia de los Sotelos de Motezuma.

El señor Prescott dice en una nota de su apreciable «Historia de la conquista de Méjico,» que «es interesante saber, que un descendiente del emperador azteca, D. José Sarmiento Valladares, conde de Monte-

Pocos momentos despues de haber espirado el monarca Moctezuma, envió Hernan Cortés dos ilustres prisioneros que habian presenciado la muerte del soberano, á que hiciesen saber el triste suceso al príncipe Cuitlahua, hermano del finado emperador. El caudillo español, guardando un respeto profundo á su memoria, permaneció al lado del cadáver con varios capitanes, triste y silencioso. El yerto cuerpo del monarca, fué cubierto con las vestiduras imperiales y colocado en un adornado féretro. Transcurrida una hora, Hernan Cortés ordenó que el real cadáver fuese llevado al campo enemigo, conducido dignamente en hombros de seis nobles mejicanos, y acompañado de varios sacerdotes aztecas que habian estado tambien presos, siempre al lado del monarca. La fúnebre comitiva salió de los cuarteles y se dirigió, en religioso silencio y vertiendo lágrimas, al sitio en que se hallaba el príncipe Cuitlahua. La vista del cadáver causó una impresión profunda en el pueblo. Unos se arrojaban en el suelo con desesperación, otros inclinaban la cabeza sobre el pecho, fijando tristemente la mirada en el suelo; muchos daban espantosos alaridos para manifestar su pena, y todos lloraban y gemian. Aquí ensalzaban sus virtudes, allí su liberalidad; en unas partes se referian sus bondades; en otras sus desgracias.

Los sacerdotes y los nobles que condujeron el cadá-

zuma, gobernó como virey desde el año de 1697 al de 1701, los dominios de su bárbaro antecesor.» Pero hay en esto una equivocacion. No fué el virey D. José Sarmiento de Valladares, descendiente del emperador Motezuma, sino que estuvo casado con Doña María Gerónima Montezuma tercera condesa de Motezuma y cuarta nieta del emperador azteca.

ver, mostraron las heridas que habia recibido al hablar á sus vasallos, y manifestaron que ellas habian puesto término á su vida.

Lloró la nobleza sobre el inanimado cuerpo de su rey, lamentando su muerte, y lo condujo con la pompa debida, á un sitio de la ciudad llamado por ellos Copalco. El cadáver se colocó sobre finas y bien labradas esteras; acompañado de sus nobles sirvientes, y se publicó con gran aparato su muerte, avisando á los nobles y caciques que asistiesen á los funerales. Al presentarse los invitados, se procedió, como era costumbre, á vestir el cadáver, con la pompa que le correspondia. Quince ricos trajes de finísimas telas de algodón, matizadas de variados colores, le pusieron uno sobre otro: adornaron su cuerpo con preciosas joyas de oro, plata y pedrería; una esmeralda que debia servirle de corazon, le suspendieron del labio inferior; colocaron sobre sus vestidos las insignias del dios en cuyo templo habian dispuesto enterrar las cenizas, y cubrieron su rostro con una valiosa máscara. Hecho esto, le cortaron una parte de la melena, y juntándola con otra, que le habian cortado en su infancia, la guardaron en una preciosa caja, para perpetuar la memoria del difunto. Acto continuo mataron al esclavo capellan, á cuyo cargo habia estado el oratorio y todo lo perteneciente al culto, á fin de que en el otro mundo le sirviese en el mismo empleo, y en seguida colocaron el cadáver del monarca sobre una pira de maderas resinosas y aromáticas. Los sacerdotes, entonando religiosos cantos, aplicaron respetuosamente fuego á la pira, y mientras ardia el real cadáver, con sus ricos vestidos,

insignias y armas, iban sacrificando varios esclavos del finado emperador, y algunos presentados por los caciques. Recogidas las cenizas cuidadosamente, fueron sepultadas con suma reverencia, aunque no faltaron algunos hombres de índole perversa, que escarnecieron su memoria (1).

La muerte de Moctezuma fué un golpe funesto para los españoles. Con ellas vieron perdida la única esperanza de salvacion en la terrible tormenta que estaban combatidos. Mientras vivió, acariciaban la creencia de llegar á un arreglo con su hermano Cuitlahua que estaba al frente del movimiento. Muerto, nada les quedaba sino la seguridad de verse combatidos noche y dia, sin descanso y sin tregua. Las palabras de Moctezuma podian, intercediendo por los españoles, alcanzar de su hermano, que les permitiese salir del país. Faltando su intercesion, se encontraban sin la única tabla que habian visto flotar en medio del naufragio en que se encontraban (2).

(1) Antonio de Herrera se figura que Moctezuma fué sepultado en Chapultepec, porque hácia aquel sitio oyeron los españoles grandes lamentos y llantó. El historiador Solís, asegura que con efecto fué sepultado Moctezuma en el expresado sitio, donde estaba el sepulcro de los reyes. Pero sufre un error el Sr. Solís. No existia un punto determinado para sepultar á los reyes, y consta, como dice el entendido Clavijero, por la disposicion de los mejicanos, que las cenizas de Moctezuma fueron sepultadas en Copalco. Chapultepec, además, se hallaba á distancia de tres cuartos de legua de los cuarteles españoles, y era imposible que se pudiesen escuchar desde el palacio de Axayacatl, y mucho menos en medio del estruendo de las armas, los lamentos de los dolientes, si se hubiesen hallado en aquel sitio.

(2) Bastaria meditar en lo mucho que á los españoles les interesaba la vida de Moctezuma para desechar, como absurdo, lo dicho no por ninguno de los que se hallaron presentes á su muerte, sino por los que han escrito, guiados de ageno y sospechosos informes. Renunciando á lo que la razon dicta, y trastornando el hecho, culpan á los castellanos de la